

El desprecio por la política

La política es, por naturaleza, una actividad y un espacio donde se administran nuestras diferencias. Por lo mismo, su principal objetivo no es anular las posiciones divergentes sino, por el contrario, permitir que éstas se expresen con la mayor libertad posible en un marco de competencia por el favor de los ciudadanos.

Quizás como consecuencia de que pertenecemos a un país que pagó muy cara la polarización de las ideas, pienso que en estas décadas hemos alimentado la peligrosa idea de que la política puede desarrollarse sin adversarios. Nada más equivocado. La política es un territorio de conflicto, es decir, un espacio donde establecemos una diferencia que nos sitúa frente al otro y que se constituye en un elemento de identidad que nos distingue, cohesiona y que posibilita la construcción de un proyecto con anhelos y motivaciones propias.

Lo primero que se sigue de esta idea hace referencia a la obvia distinción de roles entre el gobierno y la oposición. Contrario a lo que parece desprenderse de los continuos llamados que hacen ciertas autoridades, la principal función de la oposición no es colaborar con el gobierno, sino -



Jorge Navarrete

La absurda y permanente lógica del empate ralentiza nuestra dinámica política. La obsesión por los acuerdos y los equilibrios ha vaciado de contenido el debate público.

cosa distinta- plantear con energía sus objeciones y arribar a ciertos acuerdos sólo en la medida de que éstos sean consecuencia de una transacción política que redunde en beneficio de los ciudadanos. Sin ir más lejos, así lo decidió el veredicto de los propios electores, los que por cierto también serán los primeros en censurar a quienes estén más preocupados de propinarle una derrota a sus adversarios que de representar sus valores y principios.

En segundo lugar, la discusión pública no se ejerce con mayor fuerza que la que expresan los propios argumentos en disputa. Las legítimas y necesarias diferencias no dan derecho a desacreditar los propósitos del adversario, más todavía cuando éstos representan a un porcentaje importante de los ciudadanos. Motejar de "antipatriota" la posición antagonista no sólo es una reminiscencia de aquella época donde confundimos a los rivales con los enemigos, sino también es un acto de supina soberbia, al pretender que sólo algunos saben lo que interesa a la patria. De igual manera que tampoco nadie puede arrogarse el patrimonio exclusivo de la vocación por los más pobres, pretendiendo que sus ideas o

acciones no se sometan al escrutinio público o sean recibidos como una suerte de axioma incuestionable.

Continuación, la política es un espacio amplio y diverso, cuyo partido no sólo se juega en el gobierno y la oposición. Quizás como en ningún otro ámbito, nadie puede esgrimir mejores títulos para participar y mucho menos pretender excluir la opinión de otros. La respuesta del ministro del Interior, en orden a relegar las opiniones de la Iglesia Católica a temas "estrictamente propios de la confesión religiosa" resulta tan torpe como incomprensible. En otras épocas, como recordará el jefe de gabinete, algunas autoridades y políticos utilizaron un argumento similar para impedir la denuncia e intervención que la Iglesia hizo para defender los derechos humanos de los chilenos y que, de paso, tantas vidas pudo salvar. Al igual que cualquier otra institución, y no reclamando ninguna suerte de privilegio moral, es que también la jerarquía eclesiástica tiene el derecho de participar en los debates sobre políticas públicas que inciden en la pobreza,

la familia o la sexualidad.

Cuarto, la política y la democracia son un juego cuyas reglas deben respetarse con independencia del circunstancial resultado. Con sorpresa hemos escuchado los argumentos de quienes se oponen al voto de los chilenos en el exterior, arguyendo que la mayoritaria inclinación a la izquierda de dichos potenciales electores contribuiría a romper los equilibrios. Cosa similar, aunque expresado de forma más eufemística, esbozaron también otros en referencia a la inconveniencia de la inscripción automática, en la medida que ello engrosaría un mayor caudal electoral de la derecha.

Es justamente esa absurda y permanente lógica del empate la que ralentiza nuestra dinámica política. La obsesión por los acuerdos y los equilibrios ha vaciado de contenido el debate público y ha desnaturalizado la función de la política. Sin ir más lejos, el propio sistema electoral -que por tanto tiempo subsidió a la derecha y que hoy ya acomoda a moros y cristianos- terminó por consolidar la parálisis; donde pareciera que los triunfadores pagan el precio de olvidar que han ganado para poder acometer con algún grado de éxito su tarea.